

mos llamar —así lo llama la Seghers— el "reducto inexpugnable" del hombre.

Pero es que incluso dejando a un lado inevitables consideraciones de tipo metafísico, la obra de Ana Seghers resulta apasionante desde el punto de vista del puro relato. Y esto no sólo por la calidad de su prosa, sino también por la intensidad extraordinaria del ritmo narrativo, conseguida gracias a una continua oscilación, perfectamente estructurada, entre los diversos destinos individuales que configuran ese fresco de la resistencia y a los que la fuga del personaje central ilumina o ensombrea alternativamente.

Libro, pues, excelente en todos los sentidos el de Ana Seghers, autora también de "La revuelta de los pescadores de Santa Bárbara" (1928) y "Los muertos permanecen jóvenes" (1949), primer volumen este último de una trilogía dedicada a la República Democrática Alemana, de cuya literatura acaso sea ella la más caracterizada representante.

Para terminar, sólo unos datos escuetos que permitan situar a Ana Seghers en el espacio y en el tiempo: nacida en 1900 en Maguncia, con el nombre de Netty Reiling —el de Seghers es sólo un pseudónimo—, militante desde los veintiocho años en el Partido Comunista Alemán y en la Liga de escritores proletario-revolucionarios; emigrada a París en 1933 y más tarde, tras la ocupación, a Méjico, país que abandonaría en 1947 para establecerse en Berlín oriental; presidente de la Unión de Escritores Alemanes de la RDA desde 1952, y en dos ocasiones Premio Nacional de Literatura de ese país, Ana Seghers fallecería recientemente en la ciudad por ella elegida como residencia definitiva. ■ JOAQUIN RABAGO.

Bakunin-Marx

Una fecha cualquiera del invierno de 1864. Dos hombres ya maduros, con el cansancio y la fatiga que conllevan largos años de lucha y acción revolucionaria, se reúnen en una casa enclavada en un sórdido suburbio londinense. Una taza de té es el elemento que aglutina su conversación; eslavo uno, germano el otro, su pensamiento político ha marcado un hito fundamen-

tal en la Historia. Maurice Cranston, autor del libro que nos ocupa (1), imaginó el diálogo que pudo desarrollarse el día en que coincidieron Carlos Marx y Miguel Bakunin en la casa que por aquel entonces este último ocupaba. Los puntos esenciales del pensamiento sociopolítico de ambos personajes quedan expuestos a lo largo de las páginas de este libro, así como las divergencias ideológicas existentes. La presente edición ofrece al lec-



Bakunin.

considera que el motor de la subversión contra el poder capitalista radica en el campesinado y en los millones de desheredados que ocupan las más bajas esferas de la pirámide social. Cuando Marx habla de que la democracia falla porque las instituciones políticas están siempre manipuladas por el poder financiero de la burguesía, Bakunin opina que Estado y democracia son incompatibles, en tanto que el Estado es para él la



Marx.

tor español la posibilidad de adentrarse en esta polémica, cuya publicación constituye un atractivo modo de ahondar en las dos tendencias que Bakunin y Marx representan.

Frente a la idea propugnada por Marx de que la clase trabajadora debe organizarse para conquistar el Estado, Bakunin opone la necesidad de canalizar la fuerza de la masa hacia la destrucción del Estado, de las instituciones y de cuantas leyes hayan sido elaboradas por el hombre para imponerlas por la fuerza a otro hombre. El principio de autoridad, imprescindible para organizar y regular una sociedad socialista, según Marx, es rechazado por Bakunin, quien considera una aberración el establecer órdenes jerárquicos en cualquier aspecto. Mientras Marx opina que la revolución del proletariado surgirá de la toma de conciencia por parte de los trabajadores de países altamente industrializados, Bakunin

(1) "Un debate imaginario entre Carlos Marx y Miguel Bakunin". Maurice Cranston. Barcelona, 1976; Turquest Editor.

representación de la autoridad, del dominio, de la fuerza y, por tanto, de la desigualdad. Como alternativa a la fuerza bruta presenta la alternativa de la educación; pero no de una educación dirigida y manipulada por una minoría, sino de una autoeducación por parte de la sociedad encaminada a potenciar al máximo las capacidades que todo individuo posee. En cuanto a la organización del trabajo, Bakunin esgrime el argumento de que el pueblo debe federarse libre y espontáneamente, idea que es rebatida por Marx como utópica e inoperante. El desdén que Bakunin manifiesta ante la palabra "política" escuece profundamente a Marx, quien cede a la tentación de equiparar anarquismo con caos, mientras Bakunin contraataca tildando de simple a aquel que suponga que la ausencia de gobierno es sinónimo de desorden absoluto. Bakunin critica con dureza el socialismo de Marx, considerándolo autoritario; según él, la supuesta sociedad sin clases por la que Marx aboga no es más que una ilusión óptica, dado que

siempre que existan dirigentes, habrá dirigidos.

Un siglo después de su muerte, Miguel Bakunin, cuyas ideas enraizaron profundamente en el movimiento anarquista español de 1872, continúa siendo un personaje a caballo entre el misterio y la anécdota bufa; la escasa, incompleta y no siempre fiable bibliografía existente es la causa fundamental de este desconocimiento; no obstante, la idea de una sociedad anarquista, donde el Estado paternalista sea reemplazado por la libre organización de productores, donde las peculiares características culturales de los regionalismos adquieran plena relevancia, donde los dioses divinos y humanos sean barridos por la fe del hombre en el hombre, no deja de ser una alternativa muy sugerente de cara a la situación actual; si el debate construido por Cranston en 1962 sirve para estimular el estudio de los conceptos anarquistas y marxistas de la vida, analizándolos, comparándolos y adaptando el resultado de tal reflexión a la realidad objetiva, su publicación podrá ser considerada como algo muy positivo. ■ MARY SOL OLBA.

La España de Miret

Un Estado socialista "humano y humanizante" es la meta que Enrique Miret Magdalena propugna para España. Un Estado "que, con mano firme, reestructure a fondo las instituciones todas del país, en esta línea de cooperación, mucho más que en la línea de una suma de egoísmos individuales. La iniciativa personal es necesaria, pero donde mejor puede desarrollarse es en un clima de cooperación y liberación de todos".

Miret no es un cura, ni tampoco un hereje. Antonio Aradillas señala en el prólogo al último libro de Miret ("España: destino socialismo", Sedmay) esas dos posturas en que se le resaca. Es el adelantado del Concilio Vaticano II o el hereje disfrazado. No es lo segundo, y es más que lo primero. Porque fue adelantado del Concilio y de otras cosas. Desde luego, pocas personas pueden presentar el impresionante "currículum" se-glar de Enrique Miret. Lo que ocurre es que él no ha sido nun-